

orden trascendente, sea cual sea la fórmula teológica con la que se comprende ese orden”.

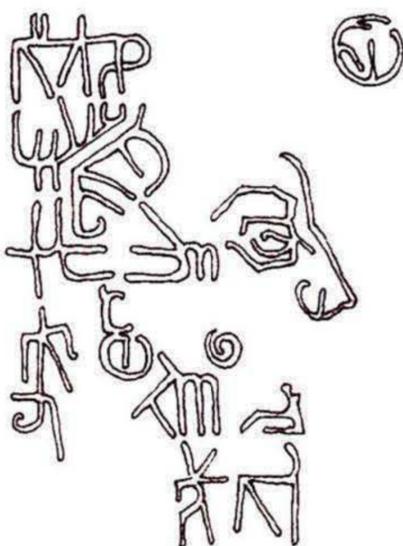
Dentro de este contexto, Enrique Serrano compone unos textos (biografías noveladas) de una manera ágil y vivaz, incorporando, lo reafirmo, detalles eruditos e incluso abstracciones conceptuales. Dice el mismo autor: “Dios ha sido infinitamente interpretado. He aquí que yo también intento hacerlo, aunque sólo a través de episodios de las vidas de algunos de sus testigos”. Personajes que pueden extender la piedad mística que niega o ignora la persona humana, el mundo y la sociedad; quienes viven una experiencia ahistórica de Dios, realizada bajo la forma del éxtasis. Es el ejemplo de su narración “La pasión del silencio”, donde Miguel de Molinos, apartado en su refugio del monte, predica el silencio y el aislamiento como los signos de la vida verdadera, la única forma de llegar a la presencia de Dios; la quietud, la penumbra y las sombras son el espacio de la morada absoluta de Dios, el inefable mundo.

Estos místicos afirman la huida del mundo, poseen espíritu monacal y representan la salvación como disolución del individuo en el Absoluto. Otro ejemplo de vocación de fe nos lo muestra Serrano en “El mundo de estela”, un relato biográfico acerca de Simeón, quien estuvo primero en un monasterio, después en una cueva fría y solitaria, “en las que se narraba a sí mismo increíbles historias de héroes o dioses que se rendían ante Cristo, tras largos trabajos e incontables hazañas”.

Lo impresionante de Simeón fue su decisión de irse a vivir a la punta de una columna, lugar de sus arengas y discursos contra el pecado y la cual no abandonó hasta su muerte, a la edad de setenta años.

Pero la otra fe es contraria: la piedad profética que afirma la persona, el mundo y la historia; se realiza como revelación, reconoce un Dios personal y se propone la transformación del mundo. Es el caso de Matsuo Basho y su historia contada por Sora, su alumno predilecto. Conocido por su errancia. Basho vagó con otros poetas por caminos del Japón, recitando sus poemas breves o haikus, llevando consigo el

principio del Sabi: “...liberación que hace que el hombre se desprenda de las cadenas que lo atan al mundo tosco...”, a lo que Sora agregaba, intentando encerrar la enseñanza del maestro: “Hay que jugar para alcanzar la perfección. Es preciso ser firme, breve y cortante, pero nunca abrupto. La levedad de la poesía era el más sagrado bien para nuestro siempre joven maestro”. Todos los relatos poseen la riqueza de ser complejos y diversos en descripción y forma narrativa. Encontramos la historia sobre Aryabhata, matemático y astrónomo hindú, cuya vida es contada por un niño que lo empujó al abismo; o las hazañas del santo Andrés, el hermano de Pedro Apóstol, relatadas desde la óptica de *migks*; o la confesión de un envidioso de las acciones del padre José, sacerdote francés que fomentó la guerra, la corrupción y los vaivenes del poder; o la carta enviada por Lazarus Spengler a la viuda de Alberto Durero, donde ahonda en las pasiones del pintor y grabador alemán, considerado de temperamento humanista, de religiosidad profundamente influida por Erasmo y Lutero, un ser que afirmaba enfáticamente que la materia prima de lo divino es el temor; o la historia del profeta viajero de nombre Saadi, originario de Bagdad, y de quien ofrece testimonio su hermano: “Eres el sufí más bello y más famoso de todo Persia y tus versos han llegado hasta la India, repetidos por miles y miles de bocas satisfechas”.



El conjunto de biografías recreadas por Enrique Serrano posee, a través de cada personaje, la solvencia y el rasgo propio del lenguaje místico que consiste

en ser un lenguaje de la experiencia. Los místicos expresan una experiencia de una realidad trascendente. En ellos se produce una transmutación donde todo saber es interiorizado, pues procede de una fe vivida y de una acción intensa de unión con Dios, un conocimiento considerado subjetivo e interior, los cuales, a pesar de su inefabilidad, se dejan expresar en la literatura por medio de palabras, a través de la reflexión, la descripción y la “metáfora viva”, ya que existe una afinidad estrecha entre la poesía y la mística. De tal manera los presentes relatos aseguran tanto el rigor histórico como su recreación literaria, una calidad poética que añade algo nuevo al testimonio, dada su hondura afectiva, su intuición y su creencia de que el misticismo, más que un fenómeno, es un modo de concebir la relación del espíritu humano con la Realidad última. La mística presupone que el hombre ha de ser partícipe de la naturaleza divina si ha de conocer a Dios, tal como lo afirma Serrano: “Los místicos apuestan seriamente por hallarlo, por comunicarse con Él, por advertir acerca de su presencia y su grandeza [...] creen que Dios llena el mundo, y que ellos mismos están en Dios, de una vez para siempre”. Serrano sabe captar con maestría la existencia de ese hombre interior, su vigilia y su sueño, la imagen del mundo visible y del invisible, el estado permanente de misterio, “el mundo de maravillosa majestad” del que hablaba Plotino.

GABRIEL ARTURO CASTRO

## Infierno soportable

### Historias de la cárcel Bellavista

(Premio Nacional de Cuento, Colcultura, 1996)

José Libardo Porras Vallejo

Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1997, 121 págs.

Tal vez Medellín no sea una ciudad sino una metáfora de la esperanza o de la locura. Basta recorrerla desde su cen-

tro hasta sus límites para descubrir que se está en un lugar entre alado y monstruoso. Un *topos* extraño, síntesis de arca pastoril y pequeño Manhattan, donde todas las voces, desde las místicas a las iracundas, se escuchan unas tratando de imponerse sobre las otras. El poeta José Manuel Arango, que la ha observado con dramatismo —mezcla de orgullo, rencor, zozobra—, la resume: “mujer rencorosamente poseída [y vasto territorio del tacto]”. Tan pronto se halla uno allí en el paraíso como se tocan las puertas del infierno.

Uno de estos infiernos —quizá el más doloroso en toda su historia— se vivió a finales de la década de los ochenta y a comienzos de la siguiente. Se mataba fácil, se exaltaba la violencia gratuita, se hacía apología del dinero obtenido con la ayuda de la muerte. Esto es, se asesinaba la posibilidad de construir futuro. Es como si Medellín tuviera que pagar las culpas por todo un país que había enloquecido a causa de sus desigualdades y pecados acumulados a lo largo de años de injusticia y anarquía. La demencia pasaba su cuenta de cobro.

Pero si se hiciera un *zoom* selectivo del dolor y de la enajenación colectiva, un collage social del infierno, la cámara cinematográfica se dirigiría seguramente a un lugar en especial: la cárcel Bellavista. Situada en las afueras de Medellín, adecuada para mil presos, pero superpoblada con tres veces más detenidos, ha sido noticia, recurrentemente, durante el último decenio. Allí fueron a parar algunos de los sicarios más sangrientos, narcotraficantes, también universitarios o sindicalistas acusados de subversivos, rateros de tiendas —en lengua jergal “chichipatos” que se enredaron en procesos penales extraños por no tener “palancas” o plata para pagar sobornos que agilizaran la libertad—, secuestradores, y en fin, como en un drama existencialista de Camus, aquellos que “debían algo” y se dejaron agarrar.

La cárcel de Bellavista debía ser el *súmmum* de lo más débil y bajo del alma humana. De lo más cruel a lo imposible; del homicidio miserable a la fuga cinematográfica en helicóptero; de la drogadicción habitual a la propaganda cristiana; de la promiscuidad sexual a la violación de todos los derechos huma-

nos; del dolor humillante al sueño herético de la libertad. Las leyes primitivas se imponían a la fuerza, y lo que hubiera de humano, solidario o civilizado en cada hombre que estaba encarcelado, todo en este lugar buscaba reducirse al nivel del instinto animal. Salir vivo de allí —así fuera violado, robado, humillado— era el único objetivo que justificaba la sobrevivencia.

*Historias de la cárcel Bellavista*, del escritor antioqueño José Libardo Porras, y libro ganador en la modalidad de cuento de los premios nacionales de Colcultura 1996, en forma más bien distanciada y con recursos literarios limitados, recoge parte de esta pesadilla. Son diez historias de presos, cada uno de los cuales afronta algún desafío. En segundo plano aparecen, en algunos casos, los familiares, las esposas o las prostitutas ocasionales que visitan cada semana el penal. No aparecen con mayor fuerza otros personajes regularmente asociados al mundo del encierro carcelario: los guardianes y los abogados, por ejemplo.



Estructuralmente el libro no es innovador y el *modus* narrativo —salvo en el último relato, que es un monólogo— está marcado por la apreciación omnisciente de los hechos. El libro depende fuertemente de las anécdotas —una fortaleza o una debilidad, según el punto de vista desde el que se mire—, lo que recarga la atención en las historias, desfavoreciendo otros aspectos estructurales de los cuentos, como los perfiles conflictivos de los personajes, su visión del mundo, las perspectivas múltiples de la realidad o la discusión

filosófico-existencial sobre la pérdida de la libertad.

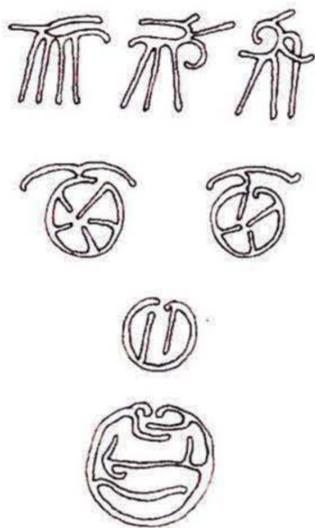
En fin, cercos que no enriquecen el mundo de las historias contadas, sino que hacen aparecer la realidad como un acto previsible. Se va para algún lado y allí se debe llegar. La ambigüedad de la vida queda reducida a expectativa. Contra esta limitación anecdótica se opuso un maestro del cuento, Henry James: “Tengo que aspirar a una tremenda concisión —con un pulso rítmico muy apretado— y a una meticulosa selección del detalle. Tengo, en otras palabras, que *resumir* intensamente y recortar el desarrollo lateral. El resultado *debería* ser una pequeña joya de forma brillante, vívida y veloz” [en *La escritura del cuento* (comp. Lauro Zavala), t. II, México D.F., Unam, 1995, pág. 48].

El primero de los cuentos, *El teléfono*, es una historia de suspenso frustrada. Jeyson, un muchacho sicario, se compromete a matar a un preso de otro patio. En pago recibirá veinte millones de pesos (cantidad por cierto muy alta, si se toman en cuenta los reportes judiciales y periodísticos al respecto. Valga aclarar que esta cantidad no se la ganó ni el macabro “Popeye” por organizar el asesinato de Luis Carlos Galán). Al final, Jeyson se arrepentirá luego de escuchar el eco de las palabras de su novia adolescente, la sensual Catalina: “Mi amor te amo eres el único manéjese bien” (pág. 17).

*El perdón*, *Bicicleta-dos* y *Por picado* tocan la temática sexual de la cárcel. En el primero, Julio descubre que su esposa debe acostarse por plata (“lo hago por los niños”, pág. 25) con un anciano al que detesta. En un estilo narrativo más bien telenovelesco, asistimos a la ira del recluso, los ruegos de la mujer y la solución con matices de color rosa: “Julio va a su encuentro [al de su esposa Marta] y la abraza y la besa. De un camarote salen Zarco y su amiga y comienzan a aplaudir. Luego se les juntan los internos de los otros camarotes, con sus mujeres, y se forma un gran aplauso en torno de la sólida totalidad conformada por los dos enamorados que lloran felices” (pág. 31).

*Bicicleta-dos* —sin duda alguna, un magnífico apodo— es una prostituta que durante los días de visita presta sus

servicios en la cárcel. Se acuesta con seis o siete presos durante la jornada, pero en verdad está enamorada de uno: Fredy. El día que sucede la historia, el muchacho no tiene para pagar y ella toma este gesto como un desaire. Pero está dispuesta a "dárselo" gratis porque está chiflada y loca de amor. Interesante acierto es recoger el habla del personaje femenino: "Hoy me lo mando. Ese man es una cosota. Ojalá me caiga de primero. Hoy no le cobro. Yo a Fredy lo quiero. Hum, yo dizque enamorada. ¡Güevona! ¡Sabiedo cómo son los hombres! Pero ese man me gusta. Se lo voy a decir. Le voy a decir: '¿Sabe qué, Fredy? Yo lo amo, yo soy una puta pero lo amo. Sí usted no quiere, no me crea; si quiere, búrlese, pero yo lo amo'" (pág. 36).



Acostumbrados como estamos los colombianos a las variadas formas de violencia que vivimos a diario, la historia de venganza contada en *Por picado* resulta evidentemente previsible. Wilson, un ingeniero de clase media involucrado en un homicidio luego de un accidente automovilístico, es violado, vejado y humillado por otros presos de su patio. En respuesta, y al salir libre, se propone torturarlos y matarlos, no sin antes hacer lo mismo con la familia de cada uno.

El resto del libro se lee por compromiso. Muchos de los lectores no encontrarán sorpresas en las nuevas narraciones, conocedores por algún medio —prensa, dramatizados televisuales o por información testimonial directa— sobre lo que sucede en las miserables cárceles manejadas por el Inpec y el Mi-

nisterio de Justicia colombianos: la ambigua conversión cristiana de un delincuente sexual (*La voz del ángel*); la actitud indiferente y cruel del "yo no vi nada" y de la extorsión habitual de los patios carcelarios en *La mano de la ley*; el expresidiario que vuelve a las mismas de antes (*Agua bautismal*); la historia de un antiguo militante guerrillero ahora convertido en mediador de negocios sicariales (*El pasado es mi patria*).

El último relato, *Reynado*, tal vez puede ser considerado el mejor del libro. El monólogo de un lustrabotas mujeriego, drogadicto, parlanchín, raterito de supermercados, reúne las características heredadas de la gran tradición oral costumbrista, proveniente de Tomás Carrasquilla, que recoge la parla fresca y directa de los antioqueños: "El billete es para gastárselo. Yo me la gasto en buena mecha, de marca, y en rumba. ¡Uf!, yo soy tremendo rumbero. Yo en Palacé era un rey. Las chimbas me buscaban. ¡Claro que las cachoniaba! Uno es un varón y el varón es el que paga" (pág. 117).

Uno de los obstáculos que presenta el libro es el uso exagerado del argot: copado (ocupado), melones (millones), pedalear (hacer el amor), cascón (matón), goleó (ganó), teléfono (malla que da al exterior de la cárcel), entre otros términos. Estos idiolectos —cómo se les denomina en lingüística pragmática— provenientes del bajo mundo, del habla juvenil o comercial y en general de la cultura verbal antioqueña, limitan la relación comunicativa escritor-lector. Probablemente al final del libro debería venir un glosario con estas palabras. Es cierto que algunas se deducen por contexto textolingüístico, pero esto no es suficiente. No sobra recordar que este glosario se podría hacer con base en el completísimo *Diccionario de las hablas populares de Antioquia* (1993), elaborado por los diligentes profesores Carlos García y César Muñoz.

En todo caso, y pese a sus limitaciones formales y expresivas, *Historias de la cárcel Bellavista* no debe ser pasado por alto. Con *No nacimos pa' semilla* —el brutal libro testimonial de Alonso Salazar—, *Sentir que es un soplo la vida*, la insuficientemente valorada an-

tología de crónicas y reportajes de Juan José Hoyos, *La virgen de los sicarios*, la novela del anárquico Fernando Vallejo, y *No futuro*, la película de Víctor Gaviria, conforman una sólida visión artística de la dolorosa realidad que vivió —y en algunos casos sigue viviendo— la Medellín de los años ochenta y noventa. Un aviso, pues, de que Antioquia constituye la vanguardia literaria del país, incluso por encima de Bogotá.

Karl Kraus, el gran periodista y panfletista austriaco, afirmó: "Un escritor es el que puede convertir una respuesta en un enigma". Leído *Historias de la cárcel Bellavista*, se concluye que las nuevas preguntas sobre aquel infierno que significa la pérdida de la libertad, quedaron aplazadas.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

## Poca gente en el entierro

Jorge Isaacs. *Pericia y drama*

Álvaro Cuartas Coymat

ACC Editores, Ibagué, 1998, 73 págs.

Es éste un corto ensayo escrito para conmemorar el centenario de la muerte del escritor Jorge Isaacs, acaecida en la ciudad de Ibagué en el año 1895, un 17 de abril. El autor, miembro de la Academia de Historia del Tolima y de la Sociedad Nariñista de Colombia, entre otras, intenta rendir un homenaje al escritor y a la ciudad a partir de su estadía en ella, haciendo resaltar el hecho de que murió allí.

*Desgraciadamente la verdadera dimensión de este ilustre colombiano a ratos se confunde con las nostálgicas imágenes creadas por su inspiración literaria, la cual unge las inmortales páginas de María y de su obra poética. Sin embargo, la intención que me anima es otra. Hablar del hombre que, cansado de recorrer los caminos, vivió, amó y soñó en suelo ibaguereño... [pág. 18]*